

# Habitación 303

Luis Rodrigo Alpiste Alvarez



## Capítulo 1

«Habitación 303, habitación 303». Se venía repitiendo toda la tarde lo mismo. Y seguramente lo repetiría durante toda la noche.

Esa mañana llegó a mi casa en Barranco, algo desencajado. Los cabellos parados, opacos, y una chompa de lana percutida a más no poder, que si no fuera porque se la conocía, no sabría que es azul. Los mismos jeans negros y esas zapatillas Adidas que seguro había ganado por una apuesta en el barrio. « ¡Bueno, y yo que pensaba que no podrías sorprenderme más!... pasa Salva.», le dije. Extrañamente entró saludando, cosa rara en él. Se recostó en el viejo sillón de mi sala apoyando delicadamente sus manos sobre su estómago – habría pensado que era psicólogo tal vez – y durmió alrededor de tres horas. Entonces, pude terminar de ordenar la casa, como cada mañana. Acomodé las fotos y quité el polvo a cada estante. También me dio tiempo para ordenar mis discos, ya no por orden alfabético sino por orden de favoritos. Hice eso y demás hasta que, con miedo que se deshidratase, le ofrecí un primer vaso de agua en la cara – despertó – y un segundo, que bebió en el silencio más profundo. Me serví un té, y luego charlamos un buen rato... nada importante, pero preguntó por ti. Y no supe qué decirle. Ese disparo a quemarropa dio justo en el corazón. Y no supe qué decirle. ¿Qué le pude haber dicho pues? ¿Que nos dejaste, y te fuiste a un hotelucho de mala muerte, a ver seguro a uno de tus pretendientes? Esa ya no se la creía, sabes mejor que yo que nunca fue tan ingenuo.

Opté por quedarme callado, y dejar que el tiempo a su vez se detenga, para así darme un respiro entre que pensaba qué responder. El vapor que salía de mi taza ralentizaba, al igual que sus pestañeos incesantes, aún moría de sueño. A mi espalda me pareció que hasta Sami se había quedado inmóvil, dejó de relamerse. Y así durante una buena pausa, y no supe qué decirle. Entonces cambié de tema, le comenté que por fin había entrado cómo practicante a *Gris*, la revista a la que tanto aspiraba llegar. Que « imi jefe es un maldito!». Sonrió. Seguimos charlando. Cuando nos dimos cuenta de la hora ya eran las cuatro. Seguimos charlando. Tratamos todo tipo de tema, desde política hasta el fútbol pasando por la música, hasta que repentinamente, volvió a mencionarte. No sé cuál era su problema, ni desde cuando te había cogido tanto interés la verdad. La verdad, desde aquel día – si, ese que te prometí borrar de mi memoria, lo siento – tenía los ojos más abiertos. Y parecía buscarte entre todo lo que veía. Ya sea en la gente que pasaba al lado nuestro cuando paseábamos por el parque de los robles, tanto como en las fotografías y afiches publicitarios. Una vez, hasta buscó tu imagen en las manchas de las

paredes.

Luego de dar un quinto gran bostezo, por fin se levantó del sillón. Agradeció por recibirlo y se fue. Ya eran las nueve. Me susurró algo en la puerta, pero solo pude percibir «Habitación 303, habitación 303», no le tomé importancia. Aún luego de un par de horas, el sillón tenía marcada su figura, como si nunca se hubiese ido, o tal vez como si hubiese dejado parte de sí en el mismo. El mismo que Sami adoraba destrozar por las tardes, bajo un calor bastante húmedo, mientras yo me acurrucaba con Lorena.

Adoraba esas tardes junto a ella, especialmente las de julio. Panes tostados, té, y ya. Luego todo era besos, caricias, sus muslos firmes como piedras. Y luego conversar por largas horas: de su madre, de mi tía, de Sami, y también de ti... pero con ella no me importaba. Me contaba anécdotas que nunca me revelaste. Me sentí apenado que no me las contaras. No sabía que ya andabas de novia con otro, con otro más. ¿Quién era? ¿Cómo era? Algún día me contarás. ¿Y esa vez que despertaste en medio de un basural allá por abril? ¡Vaya borrachera, esa sí que fue buena! Aquella vez con Lorena, nos reímos hasta el anochecer (el té se heló de tanta espera). Entonces fue aquella vez, ¿verdad?, debió ser ése sábado. Porque no recuerdo bien ese día, salvo que Lorena se despidió igual que las otras veces. Pero luego, en vez de subir a la ventana de mi cuarto a observar ese cuerpo único desaparecer a lo lejos por la calle, me metí al baño, y no salí hasta hoy. Ya lo recuerdo, iba a tomar una ducha. Tenía el aspecto de Salva, pero bastante más limpio de todas maneras, seguro exagero. Una tal suciedad es difícil de igualar. Trato de recordar el porqué salí recién hoy, jueves 3 de marzo. Sabes que lo sé, sé que sabes. Pero no te lo diré, no te daré ese gusto. No te diré que metí mis manos a los bolsillos, y extraje ese trozo de papel. La esquina de una revista, la misma que lee Salva (para complacerme), *Gris*. En él estaba escrito «Habitación 303, habitación 303».

Al salir, me dispuse a tomar desayuno. La luz del sol todavía irritaba mis ojos. Estaba débil, lánguido, y me desplazaba con bastante dificultad, pero iba ganando confianza a cada paso tembloroso que daba. Ya desde la mesa, encendí descuidadamente el televisor, estaban pasando el noticiero matutino. El olor del pan tostado y del café era incomparable (salvo al té, y Lorena). Y mientras me preguntaba cómo pudo Salva introducirme aquel trozo de *Gris*, en las noticias se escuchaba: *«La tarde del sábado fue hallado en un hotel del Centro, el cadáver de una mujer de aproximadamente veinticinco años. El cuerpo yacía sobre la alfombra color crema. La presunta suicida, aún no identificada, presentaba importantes hematomas en la parte posterior derecha. Los peritos de criminalística llegaron hasta la habitación 303 del hotel para realizar las acciones correspondientes. Vamos con la nota...»*.